

# LA ESTACIÓN DEL NORTE

**Contactar con la autora**

**[Volver a la portada principal](#)**

## Capítulo 1

Jamás hasta aquel día me había fijado en alguien como aquella noche. Se trataba de una pareja de criaturas encantadoras, candorosas, digna de mejores nóminas, y, sin embargo... Se encontraban allí como si me estuviesen esperando, dos personajes de ensueño sentados en la cafetería del bar de la estación, un par de jóvenes con aires extranjeros que nada más aparecer acapararon toda mi atención... La sorpresa aún fue mayor cuando, sin decir palabra, se levantaron para sentarse en la mesa donde yo me hallaba.

Mientras caminaban por el pasillo las había tomado por un par de chicas nórdicas, una de ellas alta y con aires masculinos, incluso en el vestir. Mis ojos se clavaron en esa figura nada más entrar: americana de *cheviot* con chaleco de punto y corbata de lo más clásico, pantalones negros de franela y botines del mismo color, con punteras bien pronunciadas.

Su rostro pálido denotaba un sol de latitudes elevadas. Tenía el cutis hundido hacia dentro, pero florido en los pómulos como la piel de un albaricoque. En contraste, sus labios eran extrañamente carnosos y se veían llenos de malicia. Parecían hablarle sin necesidad de moverlos, y sus ojos... Sus ojos azules se adivinaban fascinadores y de mirada penetrante. Al sentarse frente al lugar donde me encontraba se clavaron en los míos. Lacónicamente, musitó con disimulada timidez:

-Hola...

Tenía el pelo rubio y recio, con algunas vetas más oscuras, tirante y peinado hacia atrás. Lo llevaba recogido en una coleta mediante un lazo negro... Continué observando aquellos aires ausentes y desvaídos, incluso despreocupados, como si nada de cuanto sucedía a su alrededor le afectase para nada. Las entradas de sus sienes resultaban más pronunciadas de lo que sería normal en una mujer... En cuanto a las manos, extendidas con laxitud sobre la mesa, también superaban en tamaño al femenino habitual. Tenían los dedos nudosos, con huesos pronunciados y venas descollantes, las uñas cuadradas, sonrosadas, y las lúnulas, enormes.

Finalmente, y para mi sorpresa, caí en la cuenta de que me encontraba en realidad frente a un hombre extrañamente femenino. Lo confirmaban la falta de relieve del pecho, algunos ademanes masculinos y su voz grave... Barbilampiño, pero nada amanerado, se trataba seguramente del hijo de algún adinerado anglosajón en la etapa de holgazaneo juvenil. De un trotamundos que andaba vagando sin rumbo por España hasta que se agotara el dinero de sus papás...

En cuanto a la acompañante, no ofrecía ninguna duda: una *teenager* enfundada en su trenka azul marino, vestida con pantalones de pana color rosa fuerte y calzada con unas sólidas camperas. Su cara pálida me recordó la de Mary Poppins. Dotada de ojos claros y chispeantes, su mirada estaba siempre pendiente de las solicitudes del compañero. Los cabellos rubios, naturalmente, pero mucho más finos que los otros, más largos y ondulados, recogidos también en una cola con una simple goma. Toda ella mostraba aires traviosos y vivarachos.

Me quedé alelado mientras mojaba la pasta sobre mi taza de café con leche. Debía tener los ojos como platos de tanto escrutar aquellos otros insondables del joven que tenía

enfrente, mientras él permanecía ajeno por completo a todas mis tribulaciones... En efecto, algo desconocido y maravillosamente atroz al mismo tiempo estaba despertando en aquellos instantes dentro de mi naturaleza de solitario... No podía apartar los ojos de su mirada ausente y lejana, estaba sintiendo un intenso flechazo en mi corazón. Y, claro está, no tardé en notar dentro de él unos latidos alborotados...

Todo estaba resultando diferente aquella noche en la estación... Ante una presencia tan inesperada como fascinadora empecé a sentir otra luminosidad en el ambiente, una inquietante y desacostumbrada efervescencia dentro de mí, otras impresiones que jamás había vivido en aquel lugar que solía visitar con tanta frecuencia... Tal vez me estaba enamorando por primera vez en mi vida, y nada menos que de un hombre como yo, algo que jamás hubiera podido pensar que me sucediese algún día...

Mientras mi cabeza entraba en ebullición y todos los prejuicios de la educación encendían la roja luz de alarma, aún pude observar, pese a mi estado, cómo la chica seguía al punto cada una de las órdenes de su compañero de viaje. Debía andar también embobada por él, porque fue ella quien se encargó de pedir las consumiciones en la barra, ella las trajo y las pagó, ella preparó todo para que él no tuviera que hacer otra cosa que alargar la mano. Se la veía contenta y feliz, al menos, así lo exteriorizaba su sonrisa nada forzada cada vez que lo atendía en algo.

Mientras tanto, él se dejó servir con la naturalidad de quien está acostumbrado a hacerlo cada día, cada momento, trasluciendo unos arcaicos modos aristocráticos sin la menor traza de disimulo... Freddy y Karen, dos británicos compartiendo mi mesa una tarde de sábado lluvioso en la Estación del Norte de Valencia... Como en una imagen alegórica nos hallábamos los tres encarrilados hacia nuestro destino, que había tejido sus hilos para enredarnos precisamente aquella noche, una noche bañada de melancólica lluvia.

Karen era la única que hablaba un castellano medianamente inteligible. Al poco de sentarse recabó de mí información sobre diversos aspectos de la ciudad y del país. Entablamos conversación y me dio a entender que ambos eran hijos de un noble inglés, y por tanto hermanos. Se hallaban en España de paso, atraído Freddy por el ambiente *gay* valenciano, a la búsqueda de excitantes aventuras con amantes hispanos.

Mi atención se encontraba dispersa entre la conversación con Karen -apenas salida de la adolescencia, toda ingenuidad y ternura en su hablar suave y reposado, a veces difícilmente audible, pura melodía lleno de acento nasal inglés- y el contemplar al hermano con su mirada extraviada y ausente, aparentando hallarse en otra parte... Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para estar por ella, pues mis intereses se encaminaron constantemente hacia el hermano. Un personaje tan encantador, perdido en sus paisajes interiores, por completo ajeno a nuestra charla. Desmadejado sobre el asiento, ensimismado, pero no por ello menos intrigante con su porte arrogante, un misterio masculino a resolver para mí.

Al hablarle de mi profesión y de mi paso por la universidad, el rostro de Karen se iluminó. Teníamos algo en común, ella se había matriculado de primer año en Oxford. Aproveché entonces para preguntarle qué hacía viajando en pleno curso académico por España, y con toda espontaneidad contestó que había de cuidar de su hermano y no dejarlo solo ni un momento. Ante mi cara de sorpresa insistió diciendo que Freddy era muy especial y siempre necesitaba de alguien a su lado que lo protegiera.

Mi expresión debió ser de asombro, pues resultaba evidente que Freddy la sobrepasaba en varios años de edad, y semejante circunstancia carecía de toda lógica. Entonces, ella me habló con tono entrecortado de la extrema fragilidad de su hermano, de la naturaleza caprichosa e imprevisible que tenía, de su falta de voluntad para afrontar las situaciones más cotidianas... Los ojos de Karen se encendieron de amor y una lágrima asomó por ellos, circunstancia que aprovechó para abrazarlo cariñosamente.

Durante cortos instantes, fugaces pensamientos centellearon a través de mi mente, agitada por el desconcierto... ¿El ambiente *gay* de Valencia? Totalmente desconocido para mí, pese a llevar viviendo allí tantos años... ¿Qué se me había perdido a mí con aquel sujeto de aires enfermizos y extravagantes, que casi dormitaba ya con una ausencia insultante, ajeno tanto a mis emociones desorbitadas como a la conversación que estaba manteniendo con su hermana?

La cabeza empezó a darme vueltas. Sentí los latidos del corazón en las sienes, me hallaba hecho un hervidero por dentro. Entretanto, aquella criatura misteriosa había secuestrado mi cordura con su extrema pasividad. Tenía frente a mí un millón de interrogantes, hombre frente a hombre. Imposible soportar su atractivo irresistible, y yo era el primer sorprendido. Sí, me vi incapaz de escapar a su aura sediciosa.

Ganada la confianza de Karen, en el colmo de la inconsciencia, les ofrecí hospitalidad en mi casa aquella noche. Fue puro impulso lo que me llevó, algo absolutamente inusual en mí. A ella le pareció bien, pero fue el hermano quien hubo de consentir y decir la última palabra tras consultar su opinión. Freddy mostró agradecimiento a mi propuesta con una expresión entre maliciosa y sonriente, nada definida, como todo él.

Cuando terminamos ellos tomaron sus bolsas de viaje, y dado lo inclemente de la noche nos dirigimos en busca de un taxi. Enseguida llegamos a mi casa, cercana a la estación de ferrocarril. Abrí la puerta, y al comprobar mi fiel Kabir que venía acompañado de presencia nueva para él, frunció el morro amenazante, a la espera de una señal mía de aprobación.

-¡Hola, Kabir! Pasa para dentro -le dije.

Sin embargo, leal a su sangre canina, no dejó entrar a la pareja hasta haberlos olisqueado y reconocido por completo. Hecho esto, con la mayor de las indiferencias, se fue a su alfombra y continuó dormitando como si ignorase la presencia en casa de ambos forasteros.

-Acomodaros como si se tratase de vuestro propio hogar, *make yourselves at home* -les dije en tono amable, más fingido que real. Quiero decir, el de quien está tendiendo una trampa con el objeto de conseguir algo.

Ciertamente, estaba hecho un manojo de nervios. La situación era un puro desvarío, fruto tal vez de mi vida solitaria y necesitada de amor. La presencia cercana de Freddy en el territorio íntimo acrecentó más aún mi interés por él. Sentía la necesidad de desentrañar su secreto, de resolver el enigma de su cuerpo y de sus aires tan ambiguos... Me hallaba fuera por completo de mi ritmo de vida habitual de profesor de latín, siempre monotonía y situaciones previsibles. Estaba prisionero de unos deseos insólitos e inesperados por aquella criatura extraña que me había intrigado nada más verla. Y seducido sin remedio, nunca antes me había ocurrido algo semejante.

Mi apartamento es pequeño y coqueto, suficiente para una persona sola. Se accede directamente por el salón, que hace de recibidor y también de habitación dormitorio. Además de la entrada, tiene dos puertas más: a un lado la del baño, y enfrente la que da paso a otro dormitorio y la cocina. El salón está decorado con papel en las paredes y moqueta de color verde oscuro en el suelo. El techo, inclinado por ser ático, le da aires de buhardilla bohemia. En un rincón se hallan los sillones y el tresillo, con una mesa camilla; en otro mi mesa de estudio con dos estanterías en escuadra llenas de libros. Una tercera esquina la ocupa mi cama, y la cuarta es un espacio ganado para el baño. Las cortinas escondían esa noche la cristalera que da a la terraza. Es un excelente mirador de la ciudad donde suelo pasar las horas muertas en los atardeceres de la primavera, cuando la fragancia del azahar invade la urbe procedente de las huertas y naranjales que la rodean.

Cierto metódico desorden da al apartamento ese toque acogedor que suelen tener las viviendas de las personas que, como yo, hemos elegido la soledad... Complacidos con mi

generosa hospitalidad, Karen sugirió la posibilidad de tomar ambos hermanos un buen baño, lo que me pareció natural tras su largo viaje. Freddy seguía sin inmutarse ni abrir la boca para nada, lo cual empezó a sacarme de quicio... Pese a ello, mostré mi aprobación a su idea de bañarse, así que los dejé dueños de la casa mientras yo sacaba a Kabir de paseo, puesto que ya era su hora y había parado la lluvia.

Suelo dar largas caminatas con mi afgano por el Paseo de la Alameda, sobre todo durante la noche, cuando hay tranquilidad y él puede trotar y desfogarse a su gusto. Como galgo corredor que es, le encanta, y disfruta haciendo largas carreras él solo. Pero en aquella ocasión regresamos a muy escasos minutos de haber salido. Una ansiedad desconocida me dominaba. Andaba tenso y con una sed loca de aventurarme en los adentros de aquel hombre ambiguo, de aquel hombre que ya tenía en casa tomando el baño, a punto para desvelarme su enigma.

Presuroso y con la idea fija de volver a mi apartamento para tratar de resolver aquella situación, subí las escaleras a saltos. Al llegar al rellano las piernas me flaquearon y mi corazón golpeaba con tanta fuerza que parecía fuera a salirse del pecho... Además, ahora noté un molesto nudo en la garganta. Tenía la boca reseca, la vista nublada y los ánimos descontrolados a causa de un capricho repentino e imposible de evitar en mi mente: Freddy, el rubito, el ambiguo y femenino joven que acababa de conocer en la Estación del Norte...

Me hallaba tan fuera de mí que necesité esperar unos segundos para calmarme en el rellano de la escalera y poder atinar a introducir la llave en su cerradura. Poco acostumbrado a tener visitas, abrí con precaución, sigiloso, recelando de lo que podría encontrar al otro lado de la puerta. Sin embargo, todo estaba en orden, con el salón a oscuras, apenas iluminado por la luz que escapaba a través de la puerta del baño entreabierta...

[Contactar con la autora](#)

[Volver a la portada principal](#)

**Creaciones Erotismo Fantástico**